

EL DIALOGO Y LA VIDA DE COMUNIDAD

NOTA PRELIMINAR

Juzgo importante advertir al lector que, siguiendo directrices muy atinadas, no intento en estos artículos esbozar una Filosofía del Arte o, más en concreto, de la *arquitectura*, sino plantear problemas de Filosofía cuya meditación puede ayudar a los arquitectos a fecundar su labor creadora de ámbitos de convivencia. (Del mismo modo, sea dicho entre paréntesis, que una atención asidua a la interna problemática de la Arquitectura contribuiría en no escasa medida a dar a los profesionales de la Filosofía la apertura y flexibilidad mentales de cuya falta se sigue el fenómeno de esclerosamiento intelectual que tanto lamentamos en la actualidad.) Si siempre es penoso para un profesional advertir la premiosidad con que se mueven los profanos en su campo, es difícil aceptar que se pretenda dictar normas prácticas desde fuera. Ello me hace pensar que debe ser el arquitecto mismo el que en definitiva elabore creadoramente, al hilo de su trabajo profesional, la Filosofía de su quehacer artístico. El ejemplo de Le Corbusier, Matisse y actualmente el norteamericano Luis Kahn, podría ser aleccionador al respecto.

LAS BASES DEL ELOGIO A LA CIUDAD

En el artículo de febrero último, *Apuntes para una teoría de la convivencia*, he aludido al complejo fenómeno de la *huída*, sintomático de la época actual: la *huída* de la verdadera convivencia hacia la cohabitación amorfa de masas sin estructura interna. El hombre huye porque no quiere comprometerse en una vida de diálogo y amor, es decir, de oblación y generosidad.

Por eso, si bien lo miramos, a la base de las obras que ensalzan la vida ciudadana se halla una profunda estima de estas dos realidades fundamentales en la vida humana integral: *el encuentro y el diálogo*. En ellas se funda la creación de ámbitos humanos espirituales, a los cuales deben venir a informar y dar cuerpo los *espacios arquitectónicos*.

Abordemos hoy el estudio de la *palabra dialógica*,

la palabra viviente que sirve de puente orgánico y lazo de unión entre los espíritus.

La palabra es poética cuando crea un ámbito de significación y comprensión. La Arquitectura, por encima de la mera técnica, es un Arte cuando crea *ámbitos de convivencia*. Reflexionar sobre la poesía en cuanto palabra viviente es fecundo en extremo para todo creador de formas de expresión, pues en definitiva todas las Artes tienen de tales lo que encierran de auténtica Poesía.

LA PRIMERA GRAN GUERRA: FECHA CRUCIAL

Al hacer crisis el optimismo idealista en 1914, el mundo desconcertado de la posguerra dió por fin oídos a las voces que tiempo atrás habían clamado en vano contra la campaña hegeliana de panlogismo e inmanentismo panteísta. Ranke, Burckhart, Haman, Jacobi, Baader, Novalis, Feuerbach, Kierkegaard, Newman, etc., pasaron al primer plano de la atención como heraldos de una actitud de reverencia ante el carácter irreductible de los entes singulares e irrepetibles. Frente al "monólogo hegeliano" del pensamiento, se empezó a destacar la condición dialógica de los pensadores—personas humanas dotadas de una tensión esencial de trascendencia—(1).

La renovación de la vida de fe y la experiencia de realidad, drástica y abrumadora, que significó la primera Gran Guerra, son los dos motivos que impulsaron la nueva actitud de sano realismo frente a la realidad. Dios no es una "Idea", ni el hombre un "momento" de la misma. Estamos ante dos realidades, infinitamente distintas y desiguales, pero en esencial correlación. El yo de cada hombre sólo se constituye plenamente al entrar en relación personal con el tú de los demás y, sobre todo, con el tú de Dios. La verdadera "realidad" se halla en este ámbito dialógico (2).

(1) En una carta escrita por F. H. Jacobi en 1775 se lee: "Abro los ojos, o los oídos, o extendiendo mi mano, y siento en el mismo instante de modo indivisible: tú y yo, yo y tú."

(2) "Participar en la vida es participar en la realidad". (F. Ebner: *Wort und Liebe*, pág. 51). Léase a esta luz el *Journal Métaphysique*, de Gabriel Marcel.

A golpes de experiencia—la despiadada compañía de la muerte cotidiana sufrida en solitario por los compañeros de batalla—la espléndida fortaleza ideológica erigida por Franz Rosenzweig en *Hegel und der Staat* (obra editada en 1920) fué derrumbada por la serena y firme visión de la existencia entendida en el sentido fuerte del Antiguo Testamento. El testimonio de este giro espiritual fué grabado, al hilo de la contienda bélica, en sencillas tarjetas de correo, emocionado manuscrito de la gran obra *Der Stern der Erlösung*. El idealismo no podía dar razón de esa realidad aplastantemente real de la vida en guerra, de ese constante presenciar la muerte ajena y enfrentarse con la propia soledad desamparada de un clima de odio. El optimismo idealista se manifestó como algo utópico. La verdadera realidad debía ser buscada en la cercanía de los entes concretos, sobre todo en el misterio profundo de las relaciones vivientes entre seres personales.

El gran converso judío Gabriel Marcel deja constancia en su *Journal Métaphysique*, con palabras emocionadas, de la transformación operada en su espíritu al constatar, ante la cercanía ineludible del dolor provocado por la guerra, que los hombres no se reducen a signos de fichero. A partir de entonces el afán de encerrar al hombre en las mallas de un sistema abrió el paso a una voluntad decidida de estudiar los fenómenos humanos en toda su irreducible singularidad profunda. De aquí surgió su Filosofía personalista, en la que desempeña un papel decisivo la categoría de diálogo.

Por estos mismos años de aflicción común, un genial maestro de escuela austríaco adivinaba desde la atalaya de la Viena imperial el camino que debería seguir en adelante la Filosofía europea si quería llevar al hombre por horizontes despejados. Ferdinand Ebner se convirtió así, a pesar de su salud en extremo precaria y su prematura muerte, en el gran precursor de la mejor Antropología actual. Nada más sugestivo para el estudio del tema que nos ocupa que examinar de cerca su pensamiento respecto a la palabra y al amor. Más que teorías abstractas, lo que más enciende la inspiración de los hombres es, a no dudar, el contacto socrático con los grandes espíritus. No olvidemos que a la base de los portentos teóricos que muestra la Historia de Europa se hallan apostados, inmarchitables y señeros, los diálogos de Platón con su maestro Sócrates.

DIALOGO Y PLENITUD PERSONAL

El ser personal adquiere peso de auténtica realidad al hallarse distendido en el ámbito de intimidad del diálogo. Esta tesis fundamental del pensamiento de Ebner se afirma en la conciencia religiosa de religación con lo divino, que es fuente de toda posible nostalgia de trascendencia.

Planteado el problema en este plano, se observa

que esta distensión no dispersa, sino aúna, pues, al darse en nivel de profundidad, confiere al hombre plenitud y esa singular intimidad de los seres personales. A esta necesidad de hondura en el modo de vivir la vida personal, no a la "soledad de la muerte", alude Ebner con este texto de orientación aparentemente individualista: "Ay del hombre que, estando predestinado para la soledad, intenta una y otra vez evadirse de ella (...)." La apertura desinteresada a la sorpresa siempre nueva de la vida en diálogo con seres dotados de intimidad despierta en el hombre posibilidades inéditas que ponen su ser en verdad y en realidad (3). La fuerza del ser se experimenta ante todo en el plano donde surge la experiencia del amor y los seres se potencian al unirse en ámbitos superiores de encuentro.

El lenguaje como expresión del diálogo, el amor como fuerza de gravitación y cohesión personal, y el ser como afirmación de los entes frente a la nada: he aquí la tríada que anuda en haz apretado y denso el sistema de pensamiento de Ebner. El misterio del ser personal viene orlado de ese modo singular de firmeza entitativa que se gana en la entrega. Hay una soledad que es despojo, y una soledad que es plenitud de vida personal, al modo como se da una distensión que es el ascenso a un nivel de interioridad eminente, ganada a través del riesgo de la alienación y la inautenticidad (4). Esta dialéctica se revela en toda su fecundidad y grandeza a quien ha hecho alguna vez la experiencia de la vida interior en diálogo con ese Dios escondido (Isaías) que nos es más íntimo que nuestra misma intimidad (San Agustín). Este subir a Dios a impulsos de una tensión de amor que en el fondo procede de Dios, este buscar a Dios porque ya se le ha hallado previamente es la manifestación más clara del nivel de profundidad al que se da la vida personal, y en el cual la vida se mueve conforme a un desconcertante y en extremo fecundo movimiento en espiral (5).

(3) "La vida es verdadera sólo en la existencia individual. Pero todo punto verdaderamente culminante de la vida en el individuo apunta más allá de la vertiente individual de la vida." (*Das Wort ist der Weg*, pág. 235). "Todo espíritu está de por sí falto de forma, y sólo la recibe si entra en relación con su causa, la palabra." (Escoto Eriúgena, citado por Ebner: *Op. cit.*, pág. 236). "En la relación del yo con su tú radica la vida espiritual del hombre. La fe hace posible la vida espiritual. El amor la realiza." (*Wort und Liebe*, pág. 147). "La religión es la solución interna de la discrepancia entre la idea y la realidad." (*Op. cit.*, pág. 130.)

(4) "El camino hacia el verdadero tú en el otro hombre pasa a través de la soledad interna. Pero es culpa del hombre el tener que seguir este camino." (*W. W.*, pág. 86). "La vida del hombre está conformada en su último fundamento de tal modo que sólo tiene sentido al estar en relación con los hombres, con lo espiritual de los hombres. Hay un aislamiento interior en el cual pierde el hombre esta relación (...). Esta soledad interior provoca la enfermedad de su vida espiritual. ¿No es la carencia-de-tú en el yo del hombre la enfermedad espiritual por antonomasia que subyace en todas las formas de enfermedades del espíritu?" (*W. W.*, páginas 110 y sigs.). "La crisis espiritual provocada por la reclusión egoísta en el yo no puede ser salvada por el mero impulso social." (*Ibid.*) "¿Puede pensarse algo más falto de espíritu que las relaciones sociales? (...) Es justamente en la sociedad donde se comete el más craso abuso del lenguaje." (*Op. cit.*, pág. 120.)

(5) El sentido de la vida espiritual es "retrotraer la vida al lugar de donde procede" (*W. W.*, pág. 80).

Que no se trata aquí de ninguna forma de derivación hacia una mística despersonalizante lo hizo notar Ebner con toda energía en diversos pasajes.

La necesidad de salir de sí no responde, pues, al deseo de perfeccionar un yo preexistente a esta salida, sino al de ponerlo en verdad y en realidad, vale decir, de constituirlo en su verdadero ser. "Para esta nueva forma de pensamiento la relación yo-tú es la realidad inexplicable e indeducible, la realidad más auténtica" (Th. Steinbüchel).

Que esta forma de pensar, bajo su apariencia medio filosófica, medio poética, medio religiosa, encierra energía suficiente para encauzar el pensamiento europeo por vías fecundas lo ha visto con ejemplar claridad el teólogo protestante de Tübinga, Karl Heim. Hablando del descubrimiento hecho por Feuerbach de la relación yo-tú, escribe: "Desde entonces vivimos en tránsito hacia algo nuevo, que todavía no ha adquirido una figura bien definida. Desde Feuerbach lucha por imponerse cada día con más claridad un pensamiento que, no bien sea captado con nitidez, conducirá necesariamente a un segundo renacimiento en el pensamiento europeo, que desbordará el primer punto de partida cartesiano de la Filosofía moderna".

Ahora bien: si la verdadera y plena realidad del hombre sólo se constituye en su apertura dialógica al tú, el conocimiento del ser humano debe hacerse cargo del modo más concreto posible de cuanto en el hombre se opone dramáticamente a esta tensión constitutiva de su ser. Nada extraño que ante las trágicas experiencias de los últimos lustros haya entrado en crisis el optimismo idealista, con su pretensión de conocimiento racional *absolutamente transparente*. Frente a toda forma de "Filosofía de la identidad", Ebner quiere destacar la existencia de cierto género de realidades complejas e irreductibles que se forman al entrar en mutuo contacto, a un nivel suprasensible, los seres dotados de personalidad. De ahí el papel primordial que desempeña en su pensamiento *la relación yo-tú*, como célula madre que es de la *comunidad humana*.

Con profunda visión de la materia, afirma Ebner que la actitud fundamental del filósofo es la "objetividad", en sentido de *fidelidad a lo real*, pero la "objetividad auténtica en la relación del hombre con el mundo" sólo surge cuando "el yo encuentra su correspondiente tú". El mundo forma un "Cosmos" cuando es visto dinámicamente como fruto de una acción creadora de Dios, y se convierte en algo caótico cuando pierde la unidad de esta vinculación trascendente. "Cosmos es el mundo sólo como creación de Dios. Para la Ciencia, que no conoce ni puede conocer a Dios—porque para ella todo ser le viene dado en tercera persona, mientras que la realidad de Dios sólo es captada en segunda persona, es decir, en la intimidad de la oración (...), para la Ciencia es siempre el mundo en el fondo un

caos" (6). No hay más unidad profunda que la jerárquica, es decir, la que se apoya en una relación con lo trascendente (7).

Pero no sólo el hombre y el mundo adquieren la plenitud de su realidad en la relación yo-tú, sino que incluso "lo divino no puede ser pensado sin la relación al hombre" (8), una vez que Dios se decidió libremente a crearlo a su imagen y semejanza como un ser esencialmente dialógico (9).

Adviértase la oposición polar que media entre esta actitud y la del monismo vitalista del último Scheler, que intenta explicar a Dios desde el hombre (10). Frente a este extremado humanismo de desarraigo y autonomía laica, Ebner consagra sus energías a desbordar radicalmente el subjetivismo antropocéntrico e inmanentista, haciendo depender el ser del yo de la relación viviente con el tú de los otros hombres, y sobre todo con el de Dios. Se trata de "un pensamiento no *monocorde-idealista*, como el del Idealismo y el de cierta forma de Mística como la de Angelus Silesius, sino *polifónico*" (11).

Por ser creador, el ser del hombre no puede "agotarse en el mero hecho de existir, en los intereses vitales de la existencia individual" (12), si no es a efectos de un acto de coacción espiritual (13) que lo recluye violentamente en sí mismo, condenándolo a "quemarse en el hielo de la soledad suprema" (Nietzsche). Sólo manteniéndose libremente en diálogo con Dios logra el hombre la plenitud de su personalidad. En esta aparente paradoja late toda la fuerza de propulsión que impulsa al Personalismo de Ebner a la lucha contra toda suerte del Individualismo no-dialógico que, bajo pretexto de exaltar al hombre, lo despoja de sus fundamentales e inalienables propiedades. Con toda decisión, sin obsesivas cautelas, lo dejó consignado en su obra *Wort und Liebe*: "El cristianismo hizo imposible creer en un desarrollo interior del espíritu de tipo lineal. Pues su primera palabra a los hombres es: *metanoete, convertios*. Esto no puede ser desoído, y quien lo quiera desoír no llegará a donde el Cristianismo intenta llevarlo" (14).

Esto nos insta a enfrentarnos con el tema del *recogimiento* y la *evasión*, que están a la base de toda teoría de la *comunidad*.

(6) Cf. W. L., págs. 193-94.

(7) Cf. W. W., pág. 103.

(8) Ob. cit., pág. 93.

(9) Cf. *Das Wort und die geistigen realitäten* (W. R.), pág. 26.

(10) Véase, sobre todo, *Die Stellung des Menschen im Kosmos*.

(11) Cf. Steinbüchel: *Umbruch des Denkens*, pág. 126. "...Todo lo espiritual que hay en mí—aunque lo considere como algo privado, según ocurre cuando intenta aclararse a sí mismo sus propios pensamientos—no es sino un reflejo de mi relación a lo espiritual de los otros hombres." (W. W., pág. 144.)

(12) Cf. W. L., pág. 87.

(13) Cf. W. R., págs. 15 y 22.

(14) Cf. Ob. cit., pág. 172. "...El yo esté encerrado en un calabozo, cuyos muros sólo pueden ser traspasados si el tú, mediante el cual existe, viene hacia él. Aquí reside la significación de la vida de Jesús. Pues Jesús ha enseñado a los hombres a andar el camino hacia el tú. Según sus propias palabras, El fué y sigue siendo este camino, el camino que conduce al hombre a la vida". (W. W., pág. 80.)